



Oda al Oro.

1. Viga sobre piedra

Un hombre de Dios tiene como mandato dejar un legado al mundo construyendo sobre lo que el Hijo ha construido. Son contados con la mano los actos de valor histórico reconocidos por las masas. Es el silencio la cualidad que permite su brillo. Como en la callada bolsa de la crisálida, letárgica, excluida, escondida y abandonada, crecen las alas de la monarca sin interrupción, logrando así que al batirlas al mundo, se encandile la absorta humanidad, de tal forma que la naturaleza interna de la Tierra termina opacando al astro que la ilumina. Entonces el milagro obra sin oposición.

- San Pedro. *Virtud Secreta.*

¿Qué debe hacer un hombre humilde para recibir un simple homenaje? Por más anhelo, yo, uno, por mínimo que fuera. ¿Sería apresurado esta noche?, pero ¿y más adelante?... ¿El mes siguiente? Lo imagino. Apoteósico, sublime, hoy, no dejando perder el éxtasis del momento. Mi duda y desesperanza radican en una rápida extracción del oro, que no es poco oro, nada más ni nada menos que El Dorado, con el agravante de ser yo y nadie más que yo quien pueda sacarlo. Si lograra tal hazaña y se hiciera el homenaje, ¿sería impertinente llegar hediente de sudor? Sería trabajo duro, a lomo y ardór en las palmas. ¿Tendría que bañarme nuevamente? ¿Pasar por segunda vez en el día la máquina de afeitar? “Son las ocho de la noche”, ¿y yo? quitando el vapor en el espejo, apresurado y descamisado, mientras en el homenaje con cóctel en mano los invitados, ilustres resentidos, empiezan ya a murmurar: “La estrellita llegando tarde”, “mañana doy misa de seis y el levantado no aparece”.



Finalmente se hace mi arribo. Entrada triunfal, puño cerrado, venia, tarima, en un salón vinotinto lleno de arabéscos brillantes, cruces gigantes con incrustaciones, pompas, música de cámara en tonalidad mayor, trompetas de victoria, el llamado a un fuerte aplauso, chiflidos, vítores, “ese es, ese es”. Evocado a las malas de jetas hipócritas, sostenidas sonrisas falsas, todo lo que se ve por encima de alzacuello. Sé con claridad lo que piensan y profesan de este servidor los otros jesuitas de Bogotá. Sería mi momento entonces, la intervención. “Acérquese al micrófono Padre Mutti, queremos escucharlo”. Me acercaría letárgico, con el único motivo de causarles un poco más de fastidio, el garrote; pero les diría algo breve, la zahanoria, para que se vayan a madrugar a dar su misa de seis. Yo no sufro de estos males. Mi posición dentro de la estructura vaticana me exime de proferir ceremonias.

Mi discurso, un discursito. Algo carente de exaltaciones propias:

La historia esencial de nuestra iglesia es una cascada de actos aparentemente irrelevantes que cosidos a retazos, dan como resultado un acto fundamental explicado como “La Crucifixión”. Ninguna sería nuestra influencia moral sin el voto fariseo del día anterior a esta y ninguno sería tampoco nuestro misticismo si ante María no aparecía el Espíritu en forma de paloma, no habiendo otra forma explicativa verosímil de un embarazo exocoital para encausar a José como guía de nuestro Señor. ¿Qué pasaría si Juan, borracho de vino, caía bocabajo a las aguas del Jordán antes del ritual bautista? ¿O si Legión no poseyera cerdos sino cabras de monte que de piedra en piedra llegasen sanas y salvas al fondo del risco en Gadara? O retrociendo hasta el testamento antiguo, ¿hubiesen temido a Dios los judíos sin el homosexualismo de Sodoma? Son retazos de una colcha que explican el acto fundamental, que fue tan importante, como aquel que hemos conseguido hoy. Nuestra iglesia no está quebrada financieramente, pero las herencias y aportes católicos en manos



de hijos ateos o empresarios ausentes de fe, o cristianos evangélicos del último siglo o hasta la cienciaficción, han mermado nuestra capacidad de transferir el don del espíritu hacia la materialización de la dote. Hace un tiempo en el Perú se nos escapó el tesoro grande. Lo que los colonizadores llamaron El Dorado. Puedo confirmarles que tras varios siglos y sinnúmero de investigaciones llenas de mártires, dimos con él en Bogotá. Ya está en nuestras manos. Le agradezco la paciencia y fe ciega a Su Santidad, pero sobretodo su palabra de esperanza para continuar la búsqueda cuando tras cavar, no quedaba sino tierra en nuestras manos. Y a todos ustedes por aportar el grano de arena para que la iglesia haya estado unida a pesar de todo. Hoy con este tesoro descubierto bajo nuestra batuta, podemos asegurar un futuro eclesiástico operativo por encima de la desbandada de fieles que nos ha golpeado en la última década. Que tengan una reconfortante noche.

Ahora me aclaro (porque no está de más repetirlo), entro en cintura con el mantra que se nos hace jurar: *Dada naturaleza de cualquier acto, sumado al instrumento con el que se ha conseguido, se nos prohíbe so pena de muerte e inaplicabilidad de la excomunión, a los secretarios arqueológicos vaticanos, cualquier discurso sobre los clavos de Cristo con otra persona que no sea el Vicario de Roma. A consecuencia, cualquier homenaje público hacia tales proezas, está implícitamente vetado so pena de muerte e inaplicabilidad de la excomunión. Obligatorio y sagrado silencio. La noticia solo la escuchará Su Santidad y morirá tanto en su memoria como en la mía y en la de mis colegas secretarios, hasta ser transmitida a cualquier de nuestros sucesores, sea quien fallezca primero.*

El operativo que sucederá a cabo de dos horas está al nivel de la Crucifixión misma. Lastimosamente y contrario a esta, como muchos otros actos de la historia, por la gloria



futura debe ocultarse. Gracias a mí, estoy consciente, lo sé, se asegurará el futuro económico de la empresa vaticana por más de los años que Cristo lleva resucitado.

Cuán reconfortante sería decir estas líneas ante un público incrédulo de Dios o de mí. Un público dudoso del valor del milagro como materia prima de la fe. Un público crítico despiadado e ignorante de la razón de la Secretaría que presido. ¡Pero no! Al conformismo me apego, a la humildad del Padre, frente un espejo, fantaseando a susurros, semidesnudo, con la mitad izquierda de la cara cubierta por espuma de afeitar, repitiendo *Hanacpachap cussicuinin* una y otra vez, esperando. Sean pronto las diez de la mañana, avance tiempo, llegar al Pasaje, proceder con la diligencia, abrazar el tesoro. Poner la viga sobre la primera piedra de la iglesia de Pedro.

2. Trémolo

A mi espalda, en mi chaqueta, dentro del bolsillo izquierdo, está el clavo de Cristo. Se me indicó que este es el clavo de la mano derecha. Puedo ver frente al espejo empañado cómo va cobrando vida. Arropado con una bolsa de terciopelo rojo reforzado, empieza a moverse tímidamente. Deben ser las ocho que ya mueren y las nueve que nacen. ¡Son casi las nueve de la mañana! Avance tiempo...

Fueron un poco más de dos décadas confiando estúpidamente en que el movimiento apacible del clavo, que al correr de los minutos se volvía casi incontrolable, tenía como causa el amanecer del comercio joyero legal e ilegal del centro de Bogotá. Este coincidía, además, con la apertura de los museos y las catedrales. Un festín aurífero en donde el clavo se manifiesta en síncope. Aduje idiotamente que tales puertas de hierro, magnesio y pirita, la llamada “puerta de vitrina”, aleación que recubre la mayoría de las rejas y puertas de las



joyerías de La Candelaria, y los muros de concreto con espesor de más de un metro en las iglesias más antiguas, provocaban tal merma en la señal del oro que excita de forma tan escandalosa a este clavo de Cristo. Dudo que esto sea casualidad: es la jugada maestra ejecutada por quien esconde el verdadero tesoro de las Américas: El Dorado.

El centro de Bogotá oculta una cantidad de oro tanto legal como ilegal, puro, empobrecido, brasilero, conocido y enterrado, que puede doblar a todas las minas en suma de la Europa saqueada. Dentro de vitrinas, los pasadizos secretos entre templos, los riachuelos de mierda subterránea hechos rutas de tráfico, las paredes falsas entre iglesias y prostíbulos, todo. Así y intuyendo esto por error, el engaño fue recurrente.

Naciendo las nueve, el clavo tremola con timidez, *in crescendo*, percibe la magnitud, la masa creciente de los quilates que aparecen, tiembla más fuerte, un poco más cada minuto, hasta que se tambalea brutalmente dentro del bolsillo reforzado, como si fuese un puñal vivo, esquizofrénico, atacando las sombras que recubren lado y lado, frenético, como un pez queriendo volver al agua con desesperación. Fueron muchos años creyendo lo equivocado: el clavo de Cristo no enloquece por el oro del Centro Histórico: El Dorado está escondido bajo el sol bogotano, tras alguna de las paredes del Pasaje Tradicional. Todo otro oro, a toneladas, es un señuelo del infiel. ¿Cómo será el oro de ese tesoro? Su densidad, su color, tacto. El oro más puro adolece de mucho brillo. Lo que allí se oculta, debe ser el origen pristino, la materia prima, negro, café, chocolate, como un vórtice, escarchado apenas de chispas infinitas solo reconocibles ante el microscopio.

Para esconder en un lugar tan limitado como el Pasaje, un tesoro con la magnífica propiedad de excitar al clavo de forma tan inquietante, su naturaleza debe pertenecer a la de un objeto compacto y cuántico, tan denso que aunque menos luz irradia, más hala hacia sus portones.



Al espejo mientras llega la hora. No por vanidad, sino por rutina. Obligación con el cargo. Desde los días de la vida al empezar declive de mi adolescencia. Al espejo voy una vez cada día, a veces dos veces y a veces tres, pues al despertar no habrán pasado más que seis o siete horas, y ya la barba ha vuelto a crecer cruelmente. Al parecer herencia de mi abuelo rabino italo-polaco descendiente de yemenitas, estoy registrado, palabras del endocrinólogo Mahecha, como el caso más extremo de hirsutismo facial que ha dado Colombia. La barba nace y se remueve. Por un proceso hormonal, acelera su crecimiento a tal velocidad que las vellosidades no tienen tiempo de estirarse. Reaparece a las pocas horas. Al día siguiente ya es una barba a la cual se le endilgaría a un tiempo de dos semanas. Físicamente no es insoportable mi barba, más sí es asquerosa: parece un mar, pero no un mar pasivo: es un mar de remolinos, remolinos de algas e hilachas de la parte más sucia de la bahía de un puerto pobre justo al lado de las piedras. Remolinos y torbellinos de izquierda a derecha y derecha a izquierda en diagonales. No es un mar con oleaje, sino una cadena separada de espirales sin chapuceo, negras, verdes y amarillas como cabuya sucia y vieja sobre una arena blancuzca, mi piel, y con pequeños puntos rojos separados que se ven como la varicela en el forro interno y pálido de una concha, siempre en el ojo del remolino y puesto en cada espacio de la cara como si fuese al azar, cada día en un lugar diferente nace el mierdero. No soy un cura raso: soy el Secretario Antropológico para las Américas. Encima de mi autoridad, solo está el Papa. Dicho esto, mi cara no puede estar llena de cráteres vellosos. La apariencia en esta empresa dice mucho de las obras de Dios sobre quien lo representa terrenalmente.



La Parroquia de Santa Bárbara, mi casa y oficina, otrora refugio de la romería, ahora vetada informalmente del las recurrentes hordas rezanderas que buscan, en el inhospito centro circundante hacia el sur del Ejecutivo, la piedad de Dios. Cerramos la puerta. “En adecuaciones”, dice el aviso. “El Centro Histórico de Bogotá los espera en sus templos más cercanos. – La Arquidiócesis.” Solo el sacristán de turno percibe los ruidos que yo haga. El sacristán es mi asistente, pero del clavo nada sabe. Solo escucha la música del éxtasis que se escapa a todo volumen por las comisuras de la puerta. Tras barrer de oro a Santa Bárbara, me hice a este lugar como centro de operaciones. Mis vecinos, Batallón Guardia Presidencial, siempre teniendo una mano amiga para los jesuitas, colaboran incautando el oro, en redadas formales como en hurtos disfrazándose de ladrones. Realmente casi todo el oro es mínimo a comparación del que he detectado en el Pasaje. Yo indico, “allí comandante”. Ellos operan, toman la mitad y a la iglesia viene el sobrante y se redistribuye por la Arquidiócesis lejos de acá. Permite limpieza en nuestro trabajo: el mío como investigador y el del clavo de Cristo que a guía mi mano. En Santa Bárbara el clavo duerme tranquilo. Solo en la mañana desespera y golpea violento, extasiado, una y otra vez contra la pared: percibe la señal del Gran Tesoro *rikuchillay* que ya está expuesto a plenitud. Este tesoro duerme escondido en el Pasaje, recubierto con todas sus aleaciones y cortinas para evitarnos su encuentro nocturno.

3. Pedro y los clavos.

De cómo Pedro dedujo que los clavos de Cristo detectaban el oro, se encontraba en una narración en *Virtud Secreta*, un evangelio oculto. Al morir Jesús y ser removido de la cruz



por los romanos, un soldado se acercó a Pedro y le ofreció los tres clavos con los que había sido crucificado. Pedro, con tres monedas de oro en su vestido entregadas por Jesús previendo la traición, dijo que no contaba con dinero y esperó que le entregara los clavos por caridad. El romano no era idiota y con su mano apretando los clavos ensangrentados señaló el vestido de Pedro en donde se veían a la luz del sol del Gólgota, las monedas mal ocultas. Los clavos se movieron en la mano romana como atraídas por un imán. El soldado asustado, dejó caer los clavos al piso, tiesos con la sangre del Señor hecha costra, emprendiendo la huida con temor y desvaneciéndose Calvario abajo. Estos fueron recogidos por Pedro quien al guardarlos en su vestido, junto a las monedas, hicieron a los clavos contonearse como lombrices. Pedro, absorto en el primer milagro real que presenciaba, optó por llevarlos en la mano.

En su camino al templo en donde se reuniría con otros discípulos para discutir el futuro, se topó con un rabino fariseo que había participado del juicio a Jesús favoreciendo a Barrabás. Pedro lleno de ira lo señaló con la mano que sostenía los clavos y este aceleró el paso mientras se cubrió la cara con su cadavérica mano en donde tenía un anillo de oro. Entonces los clavos cobraron vida empujando la mano de Pedro hacia el fariseo. Recobró compostura al sentir la atracción de los clavos por el aro radiante bajo el sol y escondiendo la mano sobre su espalda, se opuso al encuentro con el fariseo quien ya temía un violento desenlace.

Pedro corrió en dirección opuesta, salió de la vista de los pobladores y se escondió en una gruta, absteniéndose de asistir a la reunión con los otros hermanos de Cristo. Tras experimentar con las monedas y los clavos individualmente y en conjunto, confirmó que estos reunidos o por aparte, vibraban al percibir el preciado metal.



Leyeron pocos *Virtud Secreta*, quemada su única copia en la chimenea del papa Vigilio en el 546 después de Cristo. Este solo fue privilegio de los papas antecesores incluido Pedro, excepto Jobías, Jeremonio y Raquido, los apóstoles de Pedro y sus apóstoles herederos y los apóstoles herederos de estos, Boleno, Virgilino y Román, que murieron a manos del emperador Teodosio para quedarse con los clavos. Así el secreto no quedaba en los pergaminos sino traspasado solo a las conciencias de quien fuese designado para portarlos. En el 1247 después de Cristo, el papa Inocencio IV clausuró las expediciones de oro en primera persona del representante de Dios en la tierra, en parte amenazado, golpeado hasta la inconsciencia y abandonado en una playa siria por su tripulación nativa y su corte importada, dada la constante negativa altiva y presumida. “no le tengo que explicar a barqueros, cocineros y limpiaculos porqué me llevan a donde me llevan” de confesarle a estos el motivo expedicionario a riscos agrestes del mar al norte de la antigua Mesopotamia, en donde por muchos años, hasta el saqueo católico, los clavos tremolaron con fuerza. Decidió Inocencio IV crear la Secretaría Arqueológica para justificar las expediciones y dividir los clavos para cada continente: Europa, Asia y África. Cada Secretaría era regentada por un gerente, el secretario, alguien de la entraña del vicario de Cristo que pasara por exámenes de fidelidad absoluta, quien además del pontífice, era portador del concepto de *Virtud Secreta*, pero solo estos secretarios eran guardas administradores cada uno de uno de los clavos. Entonces el papa se lavaba las manos de sangre, se sentaba en su trono el Vaticano y el oro, ahora gestionado a tres manos, llegaba en mayores cantidades. Tras el descubrimiento de América, con las historias que cegaban de ambición por la masa aurífera inagotable de las Indias Occidentales traídas por los conquistadores a masacres, piratas venidos a aristócratas a bolsillos llenos y con las



reservas de oro del viejo continente en total declive, Calixto III decidió crear la Secretaría Arqueológica para las Américas.

Millones de soldados de esta iglesia gritaron por siglos “¡Con la cruz y con la espada!”, pero así no hemos abarcado en realidad las tierras, ni las almas, ni hemos patrocinado el arte: han sido los clavos ensangrentados de Cristo quienes nos dieron ríos de oro y este ha sido el único milagro verdadero y verificable en 2019 años desde el nacimiento.

4. Pan y Agua

—Siga Padre Paniagua. Lo espera el ingeniero —me dijo Monseñor Rodas en voz alta, entrando a la oficina del último piso de una torre igual a todas en Chapinero.

—¿Acaso este no es el padre Mutti, Monseñor? —le contestó el ingeniero Pachón, postrado en una silla roja de terciopelo.

Estos malentendidos los propicia Monseñor con ánimo de importunarme. Mi nombre es Marcelo Mutti, pero hasta los 22 años y tras una prolongada negativa de mi mamá para permitirme utilizar mi apellido original (cuestión a la que hice caso omiso tras su muerte), portaba el apellido Paniagua. Mutti es el apellido de mi padre biológico, el cura Gabrielo Mutti, pasado regente de la Secretaría Arqueológica para las Américas y quien violó repetidamente a mi mamá a comienzos de la década de 1940 en el Huila, mientras estaba en expediciones de oro.

Gabrielo Mutti abusaba de mi mamá borracho de vino de palma, confesándole la parafilica intención de hacerle un hijo a una prostituta. Mi mamá calló puesto que aquella



no era la época más apropiada para divulgar los actos díscolos de un eclesiástico con referencias, influencias y titulaciones, y mucho menos en el Huila efervescentemente católico de primera mitad de siglo. Presentaba a mi mamá como su traductora de quechua, quichua y aimara, y como fino sabueso de mentiras Embera, quienes le escondían el oro a la iglesia con la ignorancia de quien no conoce a Jesucristo. Era un europeo delgado y de baja estatura, mientras ella era una blanca robusta con rasgos amulatados, siendo entonces uno de los últimos rezagos de esclavitud aceptados por la iglesia pues quedó huérfana de madre en el parto y de padre ejecutado por asesino de conservadores y curas en los santanderes. Fue traída desde Ubaté a los 12 años a trabajar en las plantaciones de palma porque no se pudo acomodar en ningún convento evitando repetir los credos y las avemarías cuando le era requerido.

Mi mamá me crio bajo su influencia única, sin papá ni padrastro, inculcándome el catolicismo en nuestra soledad entre rastros, muy a pesar de las violaciones (tal vez para justificar su pasado) y yo heredé esa pasión desbordada por la fe en Cristo. Pero sí fungió como prostituta hasta la llegada de Gabrielo Mutti a su pueblo a lomo de un caballo ardenés. Mientras me enseñaba la fe balanceaba su devoción contando sus penurias en manos de mi papá. Yo era su diario abierto, quien debía consignar, memorizar y repetir lo que ella dijese, cosa que cumplí casi al pie de la letra, resignando el odio sobre las violaciones acontecidas como medio justificable para mi nacimiento.

Un día mi papá le pidió la cantimplora, en donde ella previa y agilmente había depositado una buena dosis de ayahuasca machacada para poder dormirlo y huir de su lado pues se descubrió embarazada. Hizo beber al Padre Mutti el contenido y este sincerándose por efecto de la toma, confesó entre sueños con los ojos abiertos en alucinación, creyendo



estar viendo un espejo: “por fin te encuentro Gabrielo, tengo que contarte algo y solo puedes saberlo tú”.

Su espejo realmente eran los ojos de mi mamá a quien retenía violentamente sosteniéndola por los antebrazos. Narró mientras, y ella primero esquiva y después curiosa, memorizó las historias que fue contando, entre ellas, la de los clavos de Pedro, la herencia a los discípulos, la masacre del Papa a los portadores, la creación de las Secretarías, el desangre de Europa y el evento del Perú. Gabrielo Mutti terminó su narración, la liberó de sus manos y cayó profundo. Esa tarde infernal de domingo a 45 kilómetros de San Agustín, la Paniagua (como era conocida entre los palmeros y dolientes de prostíbulos) llenó con vino de palma la cantimplora de dotación, tomó el clavo de Cristo y le dejó razón al padre, mi papá, con Don Robles, el vaquero que cuidaba los caballos de los curas al lado del río. Este entregó un mensaje que no entendió, pero replicó al pie de la letra. Mutti se despertó alucinante, furioso y sediento, contemplando un riachuelo lleno de colores de donde saltaban peces escamados de oro con cuernos rojos y ojos azules que le decían “el hijueputa nacerá” (peces quienes en realidad eran Don Robles transmitiéndole el tétrico recado de mi mamá).

Escondida en la selva por dos años y tres meses, instruida de las huídas en manadas de los Embera con quienes trabajó en la plantación, dio a luz en la maleza más espesa, pujó en silencio en medio de los operativos de Mutti y su ejercito prestado para tal fin. Salió mi cabeza bañada en líquido amniótico, entre nidos de mapanas de dos metros y ciempiés anaranjados. Nací dormido pues mi mamá me apretó sin ahorcarme para no llorar y ser aprehendidos. Después, en total soledad humana y tragando hormigas quitacalzón como dieta materna, sazonó su leche para alimentarme durante el apartamiento.



Un día caminando entre las raíces, escuchó en eco de grito entre palmeros junto a la plantación de los Morales, que a Mutti se lo habían llevado amarrado los jesuitas paisas que fueron a buscarlo por orden de Su Santidad. Mi mamá intuyó que Mutti había extraviado el clavo, no logró recuperarlo y su santidad procedió a ordenar su asesinato, con la seguridad que Mutti no diría una palabra sobre este tema así fuese torturado. Así, con ese silencio de corazón por una causa que va más allá de nuestros egos, nacimos heredados y fuimos adoctrinados por si acaso, para callar el milagro.

El Padre Gabrielo Mutti apareció muerto a los cinco días con el alzacuello tinturado de rojo como única prenda, crucificado al revés en roble negro en la hacienda “La Naranjera” en límites entre Huila y Meta, con una hoja de cuaderno sostenida por un clavo de oro en la madera que decía: “Gabrielo Mutti, Príncipe de los Curas Liberales”.

Mi mamá cortó su pelo con un alambre de púas, durmió boca arriba de día bajo el sol haciéndose rojiza, perforó sus labios con espinas de cactus del desierto, adoptó la casi nula vestimenta indígena, dejó oculto el clavo entre alguno de los caños que desembocan en el Suaza y se fue a vivir con las tetas al aire con el clan Cachí, los más violentos Embera renuentes tanto a los españoles como a los criollos. Era tal sevicia de la tribu que nos recibió, que cercenaban las nalgas para cocinarlas y comerlas, obligando a los misioneros jesuitas a desatender los límites que dominaban los indios. Yo me crié con ellos hasta los ocho años, cuando mi mamá se presentó en la puerta de la iglesia de Garzón, semidesnuda, pidiendo catolicismo para este servidor.

Me acerqué entonces al ingeniero, tomé su la mano y antebrazo fuertemente, y le comenté mirándolo a los ojos:

—Soy Mutti, ingeniero. Monseñor se confunde por su edad con el primer apellido que me presentaba cuando era monaguillo, en donde era más factible acceder al trabajo



humilde del templo con “Paniagua” que con el europeo “Mutti”. Soy sobrino del Secretario Grabielo Mutti quien fue brutalmente asesinado por los conservadores en los años 20 al ser considerado espía liberal. Él vino acompañado de su hermano Roberto, mi padre, un arqueólogo implacable del cual este servidor heredó algunas habilidades y del cual viene en mí la disciplina por los elementos de la antigüedad. Él y mi mamá se enamoraron perdidamente no más sus ojos se encontraron en la tierra del Huila, que me vio nacer —dije con la melodía correcta y el tono adecuado.

En ningún momento el ingeniero osó interrumpir, pues presentí que se sentía incómodo ante el apretón de brazo que yo le estaba provocando. Apenas si podía mirar a Monseñor quien desatendía la escena dirigiéndose hacia los cuadros de la oficina.

—Padre, siéntese —dijo el ingeniero.

Noté que sobre la mesa había un plato con medio baguette y un jarro de agua. El ingeniero observó que yo había determinado esos elementos y dijo afanado:

—Monseñor Rodas me comentó que los jesuitas entre comidas solo tienen permitido recibir pan y agua —y al mencionarlo se sonrojó recordando mi apellido materno.

—Es cierto ingeniero, es un acto de disciplina de los tantos que llevamos a cabo los hermanos.

Este acto es en realidad falso, pero no quise dar más incomodidad a la conversación. Rodas intentaba de cualquier forma burlarse de mí. Su envidia por mi mayor cercanía con Su Santidad, aunque en el organigrama monseñor sea mi superior, es palpable.

—Ingeniero, no quiero demorarlo. Monseñor Rodas intercedió para esta cita con una directriz urgente de Su Santidad de la cual yo soy el verdadero responsable. —Dije y continué—. Sé que ya le ha contado los pormenores, que está al tanto que el Pasaje



Tradicional le pertenece a los hermanos jesuitas y que ansiamos venderlo. Los motivos de esta venta que usted ha de considerar sorpresiva entendiendo el pequeño monto que requerimos para la cesión de las escrituras son porque nuestra relación con los arrendatarios se ha complicado. El centro de Bogotá, en especial el Centro Histórico se ha convertido en un lugar de alto costo entre muchas razones por los proyectos gubernamentales que se están realizando. Por ser un lugar de uso comercial nuestra exención de impuestos no aplica y nuestros arrendatarios no quieren aumentar la cuota mensual a pesar de las cargas tributarias que cada día son más para nosotros.

—Entiendo padre —dijo el ingeniero mientras Rodas se acercaba más a las pinturas y parecía ignorar, enojado, nuestra conversación.

—Por un motivo de estilos, el nuestro como jesuitas no es pelear con la comunidad ni vernos como opresores. No quiero decirlo tan directamente pero los constructores saben realizar este papel y se han acostumbrado a lidiar con esta realidad. —Comenté sin cambiar el tono y agregué—. El proceso de embargo de las mercancías ya salió a nuestro favor ya que durante el pleito de aumento de renta, los arrendatarios dejaron de pagar sus cánones, por lo que legalmente lo que allí se encuentra y no se ha vendido, es nuestro. Pero este es un secreto que los arrendatarios desconocen al igual que el fallo que ya fue impartido.

—Padre, eso suena un poco cruel e ilegal con esa gente —respondió Pachón.

—Ya está hecho y arreglado. En realidad no queremos vernos más diezmados en cuanto a imagen por este pleito. Quisiéramos que a la mayor brevedad cerráramos este negocio y ustedes pudiesen hacerse al Pasaje Tradicional evitando el desgaste.

Tras cavilaciones y llamadas, el ingeniero Pachón y yo pactamos la transacción. Monseñor Rodas yacía iracundo ocultando su cara, dándonos groseramente la espalda. Su descontento



radicaba en saber que estas excusas que yo daba no eran realmente ciertas, que el margen de ganancias que teníamos era lo suficientemente alto a pesar del cese de pagos actual, que la relación con nuestros arrendatarios no era belicosa y que yo además de ocultarle algo, lo hacía desaprobar ante Su Santidad cuando este le discutía por buscarme la intermediación para vender el Pasaje.

—Solo he de pedirle una condició, ngeniero. El día del desalojo podrá ser un día algo tosco y violento, y no quisiéramos que ustedes estén allí. La policía y nosotros manejaremos la diligencia. Y como un valor agregado, tras el operativo personalmente recorreré el pasaje realizando una “limpia” y bendición del Pasaje, para que al día siguiente esté a la entera disposición de su empresa constructora.

Aunque este último ofrecimiento pareció ser de menor importancia para el ingeniero, firmamos la promesa de compraventa a los seis días. Encargué a Monseñor Rodas bajo orden papal, de coordinar el operativo con la Policía. Acató con ira la directriz. Y yo acudí al apoyo de seguridad de una cuota de regimiento del batallón Guardia Presidencial, la cual me fue aprobada por el Coronel Mantilla, quien me dijo “con gusto padre le ayudaremos a sacar ese montón de chucherías para hacer algo bien bonito”.

5. Paniagua

—He leído reportes, padre Mutti. Sugieren que usted sufre de algunos episodios violentos y convulsivos, no sé cómo decirlo, cuando le dicen en una sola palabra o grosería, que usted es hijo de una prostituta —dijo Su Santidad.



—*Mea culpa* su Santidad. Es cierto, es una contracción involuntaria de mi conciencia. Es como si hubiese sufrido algún tipo de hipnosis que cuando se refieren a mí con aquella palabra compuesta de tres, todos mis modales quedan apartados y mi voluntad pacífica desaparece instantáneamente.

—También dicen que se calma si recitan un Padre Nuestro. Espero que esto no afecte la conservación del secreto de los clavos. ¿Está seguro que no es falta de un buen exorcismo? —dijo el Papa sonriendo lentamente, mientras me miraba de reojo.

—Espero que no Su Santidad. Golpeé a algunos seminaristas en la adolescencia, pero no ha sido mi intención consciente. Simplemente me vuelvo violento, no bocaflloja. Desde pequeño en el monasterio de Garzón alguien descubrió esta peculiar ordenanza dentro de mí. Los niños suelen ser groseros y alguno al que le reventé la cara me lo dijo. Usted conoce la historia de mi mamá y lo que hizo mi padre y antecesor. Tal vez ella misma fue quien me programó con semejante reacción tan vergonzosa de la que estoy consciente pero no puedo evitar. Por eso le pido que mi trato con otros curas quede reducido a un mínimo. Ellos tienen envidia por mi ascenso inesperado y buscan que yo caiga simplemente por verme caer. No les interesa mi puesto como arqueólogo, ni lo que tenga que hacer la Secretaría, simplemente no quieren que la tenga, en parte porque saben que converso mucho con usted.

Mis conversaciones con Su Santidad las remontó a la época de mi ordenanza, cuando con el fin más altruista, logré ejecutar una piadosa extorsión. Empecé mi carrera como seminarista saliendo del Huila y a consecuencia de mis pasiones investigativas en el campo de la arqueología, Roma me recibió a mis 23 años, tras la muerte de mi mamá. Allí continué con mis estudios. Los seminaristas que logramos llegar hasta el Vaticano tuvimos



como premio una corta sesión con el Papa en el confesionario de la Capilla Sixtina. Nos advirtieron que recibiríamos tres preguntas y que debíamos preparar respuestas concretas, puesto que Su Santidad nos daría consejo tras ellas: “Nombre, santo favorito y nuestra visión de la iglesia un siglo en el futuro”. Solo cinco hablábamos español como lengua materna y yo fui el cuarto en pasar. Afuera esperaba una veintena más. Este era un Papa italiano que conocía el castellano a la perfección pues había oficiado innumerables extremaunciones en la guerra civil española siendo apenas un seminarista egresado. Me acerqué al confesionario y me arrodillé:

—Nombre hijo mío—dijo Su Santidad..

—Marcelo Paniagua Su Santidad. Soy hijo de Gabrielo Mutti y tengo el clavo de Cristo muy bien guardado.

—Pe... ¿Perdón? —replicó el Papa tras un corto silencio y con voz temblorosa. Sentí que intentó moverse dentro del cubículo pero algo lo detuvo.

—Sé que entiende lo que le digo. A Gabrielo Mutti lo mandó a matar su antecesor por perder el clavo, aunque él nunca dijo nada ante la muerte y el secreto no se reveló más allá de los oídos de mi madra y los míos. Mutti violó a mi mamá y de ahí nació yo. Un día le contó a ella todo bajo el efecto de una planta de la selva y yo he guardado la verdad que solo usted y el Secretario de las Américas deben saber. No vengo a chantajearlo vulgarmente. Heredé el silencio de mi papá —Dije mientras sentía al Papa resoplar adentro de ese rectángulo de madera, adornado con bisagras de oro.

—¿Qué impediría que yo hiciera algo para silenciar lo que acabas de confesarme hijo? —dijo con voz amistosa pero con tono amenazante.

—Su Santidad, heredé la pasión por la arqueología de mi padre y usted sabe que los arqueólogos tomamos ciertos recaudos. Si está familiarizado con el término *día-clave-día*..



—No lo estoy. Dímelo hijo —interrumpió preocupado.

—Bueno, *día-clave-día* es una técnica ideada por los espías españoles en Norteamérica en la guerra civil. Si cada tanto no volvían a un sitio a marcar tarjeta tras alguna misión, una serie de corresponsales pagos hacían llegar una noticia totalmente sellada a sus superiores. Ahora se hace por teléfono. Consta de un contestador contratado, al que si no llamo cada cuatro días por lo menos, automáticamente remarcará a una serie de periodistas reconocidos por su credibilidad en temas de protesta ante la iglesia y les pondrá una grabación en donde encontrarán no solo la verdad, sino indicaciones precisas para dar con el clavo de Cristo en caso que yo no lo tuviese en el momento. El mismo que dejó el padre Mutti. Por cierto, el clavo no está tan lejos del Vaticano, pues lo traje conmigo de viaje y anda en un lugar seguro, tremolando por la opulencia que hay en Roma. El mecanismo es bastante confiable Su Santidad.

Así el Papa y yo nos volvimos amigos por las buenas. Me otorgó la Secretaría Arqueológica de Las Américas pues fue mi primera y más vehemente condición para la cuál el pontífice no estaba en calidad de negociar. Para tal efecto acreditó que en la corta entrevista yo le había demostrado tal pasión y conocimiento en materia de arqueología que lo inundó de emoción, entendiendo que yo debía reactivar la Secretaría, me ordenó como tal ante muchos cardenales que cuestionaron la lucidez del pontífice y finalmente llevo 26 años regentándola.

—Entonces decidió utilizar el apellido de su padre —me dijo el Papa.

—Creo que es lo más sensato. En Colombia funciona así. Apellido extranjero mata lo que sea —repliqué.

—No entiendo, Marcelo —contestó Su Santidad.



Mi apellido Paniagua no calaría tan bien en mi país como lo haría uno foráneo, así que decidí inventar la mentira piadosa de decir que mi padre era hermano de quien realmente es mi padre. Él, Roberto Mutti efectivamente llegó con Gabrielo, pero inicialmente entusiasmado por regar la palabra de Cristo, finalmente huyó asqueado al ver tantos indígenas mezclados en el calor del Huila, yéndose al puerto de Buenaventura y zarpar hacia Europa nuevamente. Aparentemente nunca llegó a destino y de su suerte jamás se supo. Igualmente, esta posesión del apellido Mutti sería un recordatorio a Su Santidad de mis capacidades de convencimiento. Esto no detuvo nuestra amistad, en realidad congeniaron nuestras personalidades, el Papa reconoció a través del tiempo que sí soy capaz de ocultar debidamente el secreto de los clavos y mis habilidades académicas sobre la arqueología, aún más cuando informándole personalmente de mi descubrimiento del tesoro de las Américas, su calva sien se llenó de venas y de sus ojos brotaron dos lágrimas de sangre.

6. Violencia.

Identifiqué con muchas dificultades el segmento de locales del Pasaje en donde esconden El Dorado. Fue una operación realmente compleja puesto que el clavo ante la cercanía de semejante tesoro da violentos tumbos lado a lado, tomando una fuerza que me halaba con todos y mis 87 kilos, teniendo yo que oponer bastante resistencia a su ímpetu. El material que lo recubre es kevlar dentro de una bolsa de terciopelo de 3 centímetros de grosor, para evitar que el filo corte. Sin embargo era tanta la vehemencia del instrumento que raspaba mi vientre. La gente que vio en la calle cómo luchaba contra un pedazo de metal oculto, mis ladeadas, tiradas al piso, forcejeo y demás, me tomó por demente. Alguien que me



reconoció como jesuita le avisó a Monseñor Rodas y este no dudó en avisarle al Papa de mi extraño comportamiento en público. Al volver a la Iglesia de Santa Bárbara tenía varias llamadas perdidas del número secreto de Su Santidad, que utiliza exclusivamente para llamar a los regentes de las Secretarías.

—Su Santidad, tengo varias llamadas tuyas, ¿cuál es la urgencia?

—Rodas llamó a la oficina vaticana hace un rato largo. Dijo que lo vieron por el centro de Bogotá tirándose de un lado al otro, como poseído, como forcejeando con un fantasma. Sus actuaciones están comprometiendo la seriedad de la Secretaría. Primero lo de la grosería que no se aguanta y ahora esto —me dijo el pontífice.

—Déjeme interrumpirlo, Su Santidad. Sí sucedió lo que usted me dice, pero era el medio para corroborar algo que venía sospechando. Déjeme viajar esta semana a Roma y le contaré todo. No es sensato que hablemos de esto que me urge contarle por acá. Es la noticia más importante que va a recibir su administración papal y cualquier otra desde el nacimiento del Padre.

—Mutti, Paniagua, no le creo nada y deje su ego. Me preocupa este tema de sus alucinaciones, de andar comportándose como un idiota en la calle, pone en riesgo todo el secreto. Pronto recibirá noticias mías —dijo con notable voz de enfado y colgó violentamente.

Quedé con la boca seca, entró miedo en mí. Esta era una amenaza de muerte, una muerte como la que sufrió mi papá. Posiblemente me iban a destajar y terminaría la mitad de mi cuerpo en el río Tunjuelito y la otra mitad enterrada hacia abajo con la espalda contra una cruz invertida en los paisajes lunares de Mondoñedo, desmembrado por los perros feroces del basurero, y con una nota en la cruz que dijera “Marcelo Mutti Paniagua, violador de niños”, que no habría repercusión mediática ni romería a mi tumba, puesto que no soy



cura de masas. No sé qué tanto su Santidad estaba tan convencido de mi método de extorsionar el silencio del *Virtud Secreta*, tal vez no creía mucho lo de los teléfonos que se remarcaban si no les entraba una llamada cada cuatro días. O pensaría que nadie iba a creer la estúpida historia de unos clavos con costra que detectaban el oro. O quizá creyó que podría manejarlo, no sé, solo sabía que mi cuello iba a ser cortado a un costado de la nuca para desangrarme lentamente mientras dejaba de sentir los miembros inferiores. El rey del Vaticano tiene un salvoconducto sacramental de tres asesinatos cada año sin aprobación previa del Pacto Cardenalicio. Estos son en principio para proteger la iglesia. Los otros que requiera adicionales, deben ser procesados por el Pacto, y tendría él que dar explicaciones de cuál es la urgencia de asesinarme.

Mis miedos quedaron disipados cuando Su Santidad se presentó a las siete de la mañana dos días después de nuestra última charla, en la puerta de mi cuarto en la iglesia de Santa Bárbara, sin sus guardespaldas. Abrió la cerradura y empujó el pino con la brutalidad que le daban sus 120 kilos empacados por un sastre en una túnica oscura para un tipo de dos metros. El Papa es un tipo pelirrojo, de nariz larga y puntuda pero de pómulos prominentes. En mi interior y que Dios me perdone, lo veo como un pinocho gigante, demacrado y obeso. Realizó el viaje oculto en alguna de las rutas de carga que utiliza el vaticano a diario para traer las mercancías desde Suramérica y tuvo la ayuda de un par de adinerados jesuitas de confianza en Colombia. Se excusó ante los fieles de Roma por no aparecer en el balcón acusando una fuerte virosis a causa de los vientos de invierno.

—¿Qué es lo que me tiene que mostrar, padre Mutti? —dijo con voz seria mientras yo apenas me reponía en mi cama, abría los ojos y veía su regordeta y gigante figura instalada en mi habitación.



—Su Santidad, no tenía usted que venir hasta acá. Yo habría podido ir a Roma a explicarle —le respondí con voz carrasposa, pues recién eran mis primeras palabras del día.

—Levántese, aféitese esa barba y muéstreme lo que me iba a mostrar— me dijo y añadió —No he podido dormir estos días por su culpa, ¿qué fue lo que encontró?

Rápidamente me repuse, vestí la sotana, me puse el alzacuello y fui al baño. Entre abrí la rendija para ver al pontífice sentado en mi cama y deambulando su mirada por todo mi cuarto. Empecé entonces mi proceso de afeitada, del cual el Papa conocía de la naturaleza de mis exageraciones capilares. Siendo las ocho y cincuenta salí del baño cuando el clavo empezaba a tremolar. Le expliqué cómo operaba pues nunca lo había visto en funcionamiento. Lo puse en sus manos pero sudaron y por temor en un sacudón lo dejó caer al piso, como lo hiciese el soldado romano ante Pedro.

—Su Santidad, esto me lo contó mi mamá y procede del mismo episodio en donde la ayahuasca hizo que mi papá creyera que ella era un espejo. Pero este es el preámbulo de lo que confirmé dos días atrás. Hace setenta años en el Perú, en Güepí, en las zonas que colindan con el Putumayo frente a lo que hoy se conoce como Puerto Leguizamo del lado colombiano, en una de sus primeras expediciones como Secretario de Las Américas, mi papa estaba del lado sur del río en su caballo ardenés con un ayudante aimara que iba a pie, cuando el clavo empezó a tambalearse de una forma mucho más esquizofrénica de lo usual. El ayudante vio este movimiento inusual en la tula y empezó a hacerle preguntas a mi papá, por lo que tuvo que asesinarlo de un balazo y echarlo al río. Siguió entonces a caballo y en soledad algunos minutos hasta donde se podía la ruta de donde más el clavo tomaba fuerza. Amarró el caballo, caminó algo así como media hora entre la maleza, subió un montículo y allí vio al fondo una pequeña fortaleza indígena. Era más o menos mediodía y el cielo estaba totalmente despejado. Utilizó los binoculares y a lo lejos vio algo como un



pájaro muy delgado y lineal volando directamente hacia él desde la precaria fortaleza que parecía de palos. Parpadeó y notó que esa forma se acercaba vertiginosamente a su pecho. Por reflejos logró esquivar el objeto que después confirmó como una flecha al estrellarse contra la piedra. Esta le rozó el cuello magullándole el costado derecho haciendo una pequeña cortada. Se tiró al piso y mirando hacia arriba notó en el cielo que aparecía intempestivamente una nube de áves dispersas que descendían velozmente. La lluvia de flechas tapaba parcialmente el sol de la selva. Oyó gritos muy agudos, empezó a correr hacia atrás buscando su caballo. Varias flechas zumbaron en sus oídos, clavándose entre las raíces y los troncos de los bejucos, así como en la tierra. Encontró al caballo atravesado por una flecha en las entrañas y otra en un ojo que le atravesó el cerebro. Escuchó los gritos mucho más cerca, los pasos, el roce de seres vivos contra la maleza, las ramas rotas, más de 30 indígenas lo buscaban, así que abrió el vientre del caballo que ya estaba destajado y dado el tamaño de este al ser ardenés, se incrustó adentro con las tripas. El clavo seguía tremolando así lo apuntase en dirección contraria a la fortaleza, así que se oprimió contra él para evitar que le vieran moverse. Escuchó a varios indígenas posarse ante el caballo, con voces feroces, pero como no sabía quechua no tenía cómo entender lo que decían. Al parecer no les interesó el caballo muerto recostado sobre el bejuco y siguieron en la búsqueda hacia el río. Dos días duró escondido adentro del caballo ante la vigilancia permanente de los salvajes, viendo la lenta aparición de los gusanos y comiéndolos, así como parte de las tripas del animal y bebiendo su sangre que ya se coagulaba, oyendo a las moscas colonizar el cuero y a los chulos venir a destajar pedazos del cadáver. Dejó de sentir los pasos de los indígenas y en la noche escapó a pie nuevamente hacia el río. Cruzó desesperado a nado desnudo el Putumayo, hasta el asentamiento colombiano. Allá preguntó a los que sabían hablar español sobre la tribu que lo había atacado, culpándolos del



asesinato de su asistente aimara y de su caballo. La gente lo miró con sorpresa por haber ingeniado su protección y alimento dentro del equino, por haber superado el río Putumayo de noche sin ser atacado por los pirarucúes, pero más por haber huido del reducto más violento de los Waorani, que ya de por sí es la tribu más hostil de Latinoamérica, a quien contaban expedicionarios que estos mismos expulsaron del oriente del Ecuador a sus pares por considerarlos muy belicosos para su tribu. Estos se asentaron en tierra de nadie al occidente del Amazonas, hicieron suya la parcela y nadie es capaz de pisar sus dominios porque quienes han caído en esas fronteras invisibles, terminaron con la cabeza enterrada en un montículo hecho con tripas a la orilla del Putumayo. El resto del cuerpo se lo comen porque son caníbales. El único animal que comen es el mico y se lo comen cuando no hay humano que comer.

>>El movimiento brutal del clavo a la cercanía y la orientación hacia la fortaleza de los Waorani, le ocasionó todo tipo de conjeturas. Viajó hasta Puerto Asís y se reunió con el comandante del batallón que defendía las intenciones de Perú por hacerse a sus límites el pueblo. Ejerciendo su influencia como Secretario logró que le prestaran 30 hombres para ir a vengar la muerte de su asistente, su caballo, e instaurar la paz en la selva fronteriza. La misión tenía que ser reservada puesto que sería una incursión a territorio peruano a asesinar indígenas. En realidad lo que él quería era llegar protegido lo más cerca posible a donde el clavo tremolaba con semejante fuerza, pues intuía que era motivo del tesoro más grande jamás registrado. También y si se daba la oportunidad, quería asesinar a los Waorani y hacerse al botín, sin pensar muy bien cómo iba a transportar semejante cantidad de oro hacia territorio colombiano y no despertar sospechas.

>>Partieron a la medianoche de Puerto Asís a Puerto Leguísimo, llegaron a las nueve de la mañana al caserío, descansaron hasta el mediodía con 30 hombres armados con



bayonetas y algunas ametralladoras que no funcionaban muy bien. Cruzaron el río, todos adelante y Mutti atrás de todos 50 metros para que no vieran el movimiento del clavo, pero él vendía su comportamiento aduciendo a que Dios debía cuidarles la espalda y esa lógica era irrefutable. Entonces se posó la nube en el cielo despejado y en un solo ataque 15 soldados fueron asesinados. Los sobrantes, llenos de furia enfundaron las ametralladoras contra los palos apilados que constituían la fortaleza. Al final del combate que duró no más de diez minutos, mi padre escondido tras el bejuco que tenía los huesos del caballo, contó la supervivencia de tres soldados que seguían siendo atacados por flechas de solo dos mermados arcos desde la fortaleza. El clavo se movía brutalmente pero su fuerza empezó a disminuir. Apuntó hacia otro lado y volvía a tener fuerza, pero disminuía nuevamente, como si se moviera, pero esta vez se alejó hacia el occidente, un poco hacia el norte, como si el tesoro estuviese encaminado a cruzar el Putumayo. Mi papá le dijo a los soldados sobrevivientes que arremetieran contra la fortaleza y contra los indios que faltaban por asesinar. Estos cumplieron y él fue detrás, tomó un arma huérfana de un soldado que tenía el cuello atravesado por la saeta y al llegar a la fortaleza, encontró a los tres soldados rematando con la bayoneta en el cráneo a los últimos dos arqueros de los Waorani. Apuntó el clavo. La sensación del oro se disipaba rápidamente hacia territorio colombiano, como si alguien lo transportara en un vehículo muy veloz. Entonces se difuminó finalmente la exaltación del detector. Uno de los soldados dio cuenta del extraño aparato que mi papá tenía en la mano. Se acercó a preguntarle qué era esa herramienta que vibraba de forma tan extraña. Mi papá les dijo que se acercaran, se sentaran y les contaría una de las mayores verdades de la historia de la iglesia. Ellos obedecieron, dejaron sus armas en el suelo, se sentaron ensangrentados, sudados, con la adrenalina aún, sobre las raíces de los árboles para sentir la sombra. Lo miraron a los ojos. Entonces mi papá volteó del lomo a su pecho



la ametralladora que había recogido del suelo y los acribilló a tiros. La intensidad del oro había desaparecido por completo. El clavo no percibía nada inusual.

Hice silencio y miré a Su Santidad a los ojos buscando su reacción, haciéndole entender que ya había terminado mi narración.

—¿Y a usted cómo le consta que esta historia es cierta? —me preguntó el pontífice.

—No lo sé, pero me remito a que en la misma narración, le contó a mi mamá la historia de los clavos, la de los herederos, la de las Secretarías, la de la llegada a América y todas las otra que ya he discutido con usted Su Santidad y que a usted fueron contadas por su predecesor en su lecho de muerte por el pacto de no escritura que tienen los papas con *Virtud Secreta*.

—¿Y esta historia qué tiene que ver con lo que usted encontró? ¿Es una confesión de hace 60 años contada por un cura drogado lo que me tenía que contar? ¿No encontró oro? ¿Cómo nos va a salvar esto de la quiebra, Marcelo?

—En realidad no he terminado. Este mismo tremolar del clavo que describió mi papá cuando se acercaba a la fortaleza de esos indios es similar a la que yo he logrado experimentar junto al Pasaje Tradicional, que queda a medio kilómetro de acá. Mire cómo está temblando el clavo, esto es usual dada la distancia a la que estoy del lugar. Siempre pensé que era el oro del centro de Bogotá. Usted sabe cómo es acá lo del auge del oro Su Santidad.

—Lo tengo claro.

—Pero esto no es así, si nos acercamos más el clavo vibrará más. Pero como el oro estará más disperso, llegará un punto en el que dejará de vibrar. No pasó así cuando decidí caminar frente al Pasaje Tradicional. Es un lugar que evito, puesto que hay mucha gente en esa zona del centro que conoce a los jesuitas, unos fieles y otros con



mucho odio y en general como somos los arrendatarios nos detestan. Pero acercarse al Pasaje después de las nueve de la mañana con el clavo entre el gabán, se convirtió en esa escena que Monseñor Rodas llamó a comentarle a su secretario y que este le comunicó a usted. El clavo enloqueció Su Santidad. Parecía un colibrí esquizofrénico. Tuve que arrastrarme, dar tumbos, reclinar me contra la pared y finalmente correr a la calle opuesta para que el clavo dejara de moverse así.

—¿Y a qué culpa usted de que esto se mueva así en frente a ese lugar que dice?

—¿El Pasaje?

—Sí, ese... el Pasaje. Déjeme demostrarle.

Entonces apunté al clavo hacia su anillo y le dije:

—Mire como tiembla si lo apunto hacia el oro. Santa Bárbara está prácticamente barrida de oro. Todo lo que brilla en esta iglesia no es oro y en este barrio, si hay una pepita o anillo, es nuevo o está muy bien escondido. —le respondí y añadí—.

Ahora quítese su anillo Su Santidad.

—¿El anillo del Pescador? Está loco. No me sale. En el Vaticano se come bien.

—Déjeme que yo tengo algo de aceite lubricante en mi cajón.

Abrí mi mesa de noche, extraje el lubricante y se lo puse en el dedo. El anillo salió.

—Ahora le muestro.

Puse el anillo en una caja de hierro, magnesio y piritita, ante la mirada desconfiada del Pontífice, apunté el clavo y este no vibró ni un poco.

—¿Qué significa eso? ¿Se dañó el clavo por el anillo del pescador?

—No Su Santidad. El clavo funciona perfecto, el anillo del pescador es solo un pedazo de oro, pero hay una aleación de hierro, piritita y magnesio que acá se conoce como “puerta de vitrina”. Todo oro que se oculta bajo la “puerta de vitrina” no es



detectado por el clavo. Tampoco los muros de concreto muy amplios dejan que el clavo detecte. Y no sé si sea una coincidencia, pero desde más o menos la muerte de un político que se llamaba Gaitán, por el cual casi quemaron Bogotá en el 49, se obligó amablemente por parte del alcalde Mazuera, que ante tantos saqueos y puertas endebladas propensas al hurto le planteó muy enfáticamente a los comerciantes utilizar la “puerta de vitrina” so pena de multas, dadas sus magníficas propiedades para repeler balazos y resistir tatuco, además de su bajo precio.

—¿Qué es un tatuco?

—Una bomba pequeña. Y con la histeria tras los saqueos, el 90% de los comerciantes le dijo que sí a la propuesta y puso las puertas así, con “puerta de vitrina”. Cabe resaltar que la familia del alcalde Mazuera, era dueña de fábricas de “puerta de vitrina”...

—¿Y los demás espacios que no están recubiertos con ese material? Digamos, marcos de puertas y los muros.

—Si son de concreto de más de un metro, tienen el mismo efecto. En caso contrario, disminuyen la señal del oro, pero el clavo puede detectarlo estando cerca.

Su Santidad se quedó en silencio, respiró dos veces mirándose y mirando ocasionalmente al clavo, como desconcertado pues no sabía exactamente qué debía preguntar.

—¿Entonces cómo fue que el clavo dejó de sentir esa señal tan brutal que usted describe?

—Junto al Pasaje, colindando hacia el oriente Su Santidad, está la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, en donde habitan los capuchinos. Es propiedad de los



jesuitas al igual que el pasaje. Nosotros lo cedimos en uso por pedido de la Arquidiócesis.

—¿Y? —preguntó el Papa con impaciencia.

—El muro que se une con el Pasaje es de concreto y tiene un metro y veinte centímetros de grosor. Además, las puertas de los locales comerciales del pasaje y sus bodegas son de...

—“Puerta de vitrina” —interrumpió su santidad mientras le daba el espacio para que adivinara.

—Así es.

—Entonces, ¿qué es lo que usted insinúa que encontró ahí?

—El Dorado Su Santidad, obviamente.

Hubo silencio. No supe si lo que había dicho sonaría muy estúpido o fantasioso. El santo padre me miró con desconcierto pero sin abrir la boca.

—¿No cree usted que exagera querido padre Marcelo? ¿Cómo podría saber que si quiera existe eso? —dijo exasperado, pero con voz suave, casi entre dientes y se levantó de mi cama.

—En realidad no sé qué carajos sea El Dorado, o si exista. —le dije mirándolo a los ojos—. Pero es el tesoro más grande que cualquiera de los tres clavos ha registrado al menos hasta la última confesión anual de los secretarios de hace tres meses. Es un espacio repleto de oro como uno no se puede imaginar. No sé cómo explicarlo. Usted es un hombre de ciencia, imagine un agujero negro, algo con una densidad tan grande que la luz no escapa hasta el horizonte de eventos. Bueno, esto que encontré es algo así, guardando las respectivas proporciones.



—Pero, ¿El Dorado?

—Llámelo como quiera. Es el tesoro de las Américas y le voy a explicar: todos los expedicionarios católicos, musulmanes, piratas, ingleses, negros, indios de la India, moros, alemanes, todo el que llegó a América y pudo comunicarse así fuese a punta de tortura con los indígenas, supo de la leyenda de El Dorado. Los quichuas, quechuas, aimaras, incas, mapuches, pascas, o los que fueran torturados terminaban confesando en dónde se encontraba o en qué dirección podría estar semejante botín. Cuando los expedicionarios iban en búsqueda del tesoro, en el Amazonas, en los bordes del Atacama, en Iguazú, en donde fuese, los recibían ejércitos de indios violentos, sangrientos, casi bestias caníbales sin el menor sentido de la compasión por los heridos o los niños o las embarazadas que no fuesen de la tribu, como si fuese designado entre los más salvajes defender el tesoro. Cuando llegaban, nada, no había nada ya, los sobrevivientes se reían y escupían sangre a la cara de los expedicionarios, como burlándose de su incapacidad de dar con el oro. Siempre ronda la violencia El Dorado. ¿Sabe usted qué es el centro de Bogotá? ¿Sabe qué ha pasado acá? ¿El Bogotazo? ¿El Cartucho? ¿Los subterráneos de San Victorino? ¿El Palacio de Justicia? ¿Las calderas del Batallón Guardia Presidencial? ¿Los talleres de buses de la décima?

Su Santidad me miraba un poco asustado. Ya se había sentado nuevamente, entonces añadí:

—A El Dorado o lo que sea, siempre lo protege consciente o inconscientemente un manto de violencia y sangre. Su Santidad, créame, encontré el tesoro más grande de América, se lo puedo asegurar. No hay nada que haga tremolar a los clavos de cristo de tal forma. He seguido experimentando desde diferentes distancias y ángulos usando la caja de



“puerta de vitrina” para calmar el clavo. Creo que he dado con una franja de espacios o locales en donde tiene que estar escondido. A las nueve de la mañana abren el Pasaje. A las nueve y diez, qué sé yo, empieza a tremolar el clavo mucho más. Abren los locales. A las cinco de la tarde pasadas, o un poco antes, desaparece lentamente.

—¿Quién está en esos puntos que usted dice padre? —Preguntó muy serio el pontífice—. ¿Cómo hará para entrar y sacar ese tesoro usted solo, si es tan grande como dice? —Añadió.

—Son tres locales. De sur a norte está Don Aldo, que es un viejo hijo de alemanes y que vende hamacas, en el otro Doña Illari, que es una indígena caucana de más o menos unos 70 años que tiene el negocio con su hermana, Doña Wara, que no habla porque ya está muy vieja, como de 90 años, solo se sienta a ver gente. Y el último local es de Don Samín que es hijo de negro e indígena. Debe tener unos 50 años.

—No me respondió como va a sacar el oro o el tesoro que sea.

—No sé cómo es el tesoro, su forma o su distribución. Tengo que sacar a esa gente de ahí e improvisar. Me serviría que usted estuviese al tanto de todo lo que pase en caso de requerir su ayuda y que Rodas me acuda en todo lo que yo le pida. Por el momento, tengo un plan para sacar a todo el mundo del Pasaje, va a tomar un tiempo, unos seis meses.

Le expliqué. En algún momento la historia caló en Su Santidad. Sus ojos tomaron luces, como si mirara hacia adentro el universo. A la iglesia rejuveneciendo, nuevos templos. Millones de niños aplaudiendo en la Plaza de San Pedro a hombros de sus madres sin trompas de Falopio zurcidas, en el auge de la reproducción, los cepos abarrotados de billetes, ateos vencidos y redimidos tomando y bebiendo del cuerpo de cristo, judíos en Israel con cruces colgadas en sus pechos, musulmanes convertidos en los confesionarios, todo gracias a pedacitos de oro que iban brillando en el nuevo camino de la fe.



7. Garza Coroninegra.

—Padre Mutti, padre Mutti, padre Mutti, ¿está ahí? —decía repitentemente alguien afuera de la puerta del baño, golpeando primero con timidez y luego con intensidad.

Yo tenía la música a un volumen bastante alto y apenas pude escuchar en el fondo del golpeteo la voz que se mezclaba llamándome. Eran las nueve y diez de la mañana y me daba un poco de tiempo antes de salir al operativo, pero este claqueteo en la puerta me llenó de inquietud. Bajé el volumen de la grabadora. El clavo seguía golpeando contra la pared en mi chaqueta colgada de la percha.

—¿Quién es? ¿Abelardo?

—Sí padre Mutti, ¿está ocupado? Es urgente.

No abrí la puerta. Esperé un segundo. Había todavía crema de afeitar y pedazos de barba por quitar de mi cuello.

—¿Qué pasó, Abelardo? —le dije con temor. Se oía el viento soplar muy fuerte en ráfagas aun cuando mi baño está lejos de la calle. Abelardo es el sacristán de los martes en la iglesia de Santa Bárbara.

—Llamó el Monseñor Rodas y dijo que le había estado timbrando a su celular. Que el operativo ya empezó. Que el comandante arrancó antes porque tiene afán de no sé qué. Pero que padre Mutti, se apure que el operativo ya empezó.

—¿Cómo que ya empezó? El comandante dijo que a las diez. —grité con tanta desesperación que mi voz se agudizó en la última frase—. ¿Cómo que ya?

Miré entonces mi chaqueta, el clavo se movía pero no había visto en el otro bolsillo el movimiento del celular. Tal vez estaba en silencio. O tal vez el mismo movimiento del



clavo opacó la vibración. Me limpié la mano de la crema, abrí el bolsillo y tenía tres llamadas perdidas de Rodas y una del comandante Correa. Me sequé la mano y llamé a Rodas. Timbró cuatro veces y se fue a buzón. Insistí. En ese momento mi cara tomaba calor, mis manos estaban temblando. Habíamos acordado con Correa que el operativo empezaba a las nueve para darle tiempo a toda la gente a abrir sus locales y poder sacarlos, decomisar y registrar todo a puertas abiertas.

—Abelardo, ¿qué más le dijo Rodas?

—Monseñor dijo que le devolviera la llamada o que se fuera ya para el Pasaje. Que la cosa se estaba poniendo pesada.

No encontré más que hacer que pasar la cuchilla más con agilidad. Todavía quedaba un espiral de pelo enclavado en mi cuello, así que lo hice tan rápido que de un tajo me abrí una herida de unos dos centímetros de largo y el agua y la espuma se volvieron rojos en el lavamanos.

—¡Vida de mierda! ¡Rodas de Mierda!

—¿Está bien padre? —dijo el sacristán con voz temerosa. No era la primera vez que me escuchaba alterado. Ya había tenido que soportar algunas rabiets más en este cuarto.

—Abelardo, si vuelven a llamar dígales que paren eso, que yo ya voy para allá. O llame a Rodas y pásemelo que no contesta.

—No tengo cómo llamarlo padre Mutti. No tengo celular acá y él llamó al número de la curia.

Lavé rápido la herida, saqué un esparadrapo y lo pegué con una cinta microporosa que se encrespaba por el vapor que rondaba el baño. Usé el alzacuello como refuerzo, aún quedaba barba por cortar pero ya no importaba. Cubrí el cuello con una bufanda, me



puse la sotana, las botas y arranqué a correr para el Batallón de Guardia Presidencial a llevarme los soldados que me había ofrecido el Coronel Mantilla.

—Buenas soldado. Es urgente, llame al Coronel Mantilla y dígame que está acá el padre Mutti y que necesito a los muchachos que me van a ayudar con lo del Pasaje, pero ya. Por favor. Es urgente.

A lo lejos, hacia el norte se oían explosiones intermitentes, como petardos o voladores. Podrían ser ejercicios dentro del mismo batallón, pero no se oían tan cerca. Rodas había dicho que la cosa se puso fea. Seguro esta gente estaba avisada que los íbamos a desalojar.

Mientras el soldado llamaba a Mantilla, yo saqué el celular. Veía al soldado hablando con otros, como preguntando si el mismo podía llamar al Coronel. Iba de grupo de soldados en grupo de soldados preguntando, caminando lento. Le timbré a Rodas nuevamente, dos repiques y contestó:

—Alo Mutti, ¿en dónde está? —me dijo casi gritando, con una gritería y golpes de fondo.

—En el Batallón. ¿Qué pasó? ¿Cómo así que ya empezó el operativo? ¿Quién dio esa orden? ¿Qué pasa allá?

—Mutti, esto está vuelto mierda. Correa dijo que no lo podía esperar, que le dieron instrucción de Alcaldía de ir a levantar unos cambuches a las diez en Laches y que tenía que arrancar ya. Yo ni siquiera estaba cuando arrancó. Llegué pronto porque escuché una gritería y estaba justo en los Capuchinos.

—Rodas, ¿pero qué le pasa a ese Correa de mierda? Eso lo hablamos con él, le dimos la plata.



—Mutti, es mejor que se venga para acá, esta gente ya estaba preparada. Tenían papasbomba, prendieron pólvora, no abrieron las puertas de los locales, emboscaron a la policía y rompieron al abogado. Ya pudieron sacar a algunos, hay muchos heridos, otros están tirando bala desde los pasillos y una vieja de las indígenas, la hermana de Doña Iliara, se amarró a un poste del local y no han podido cortar la cadena o safarla de ahí.

—¿Wara? ¿Doña Wara?

—Esa. Esa. La más vieja —me respondió Rodas con tal desesperación que rayaba en su voz con angustia.

En ese momento apareció el soldado y me dijo:

—Padre, que el Coronel dijo que usted pasaba por los muchachos a las nueve y cuarenta. Que en este momento aún se están aprovisionando y alistando. Que si los espera diez minutos.

—No tengo diez minutos hermano. Los necesito ya.

—Deme un segundo padre.

Mi corazón parecía haber trepado hasta mi boca. Sudaba. La herida ardía, pero la adrenalina cumplía con calmar el dolor. Decidí no esperar más y salí corriendo remangando la sotana por la carrera octava, crucé la Avenida Presidencial y bajé a la carrera novena. Allí un par de guardias del Palacio me detuvieron.

—Padre, ¿a dónde se dirige?

—Necesito llegar urgente a la Plaza de Bolívar. Con permiso.

—No estamos autorizados padre. Hay un problema al otro lado y nos dieron la orden que nadie entraba y solo funcionarios de Palacio salían.



—Soy el padre Mutti señor. De la Secretaría Arqueológica. Deme permiso, yo voy a mediar en ese disturbio ahí en el Pasaje.

Al parecer al soldado le importaba poco qué fuese la Secretaría Arqueológica. El centro de Bogotá está lleno de iglesias, museos, institutos, casas coloniales, bares, prostíbulos hostales, con nombres parecidos que no tienen sentido para la mayoría, que la casa Tauro en honor a Pedrito Samper por su contribución en la astronomía, el salón Inquietudes en honor a Maruja Perez de Nieto por la casa en donde vivió y escribió sus primeros poemas, que el Museo de Herrajes y Costuras, que la iglesia de los Santos Mártires de La Poma, la Calle de la Aguaepanela y diez mil cosas así que nadie recuerda y a nadie le importa, menos a un soldado que vive enclaustrado en el mismo metro cuadrado ocho horas al día con unas sola misión: cumplir ordenes.

Corrí entonces al occidente, la boca ya seca y el clavo tremolando más fuerte a la arritmia, la décima bloqueada por más soldados, volví corriendo al oriente, subir hasta la séptima, más soldados, la loma de la sexta, cerrada con policía, no quise preguntar más, más loma hasta la quinta, corrí. Paré y guardé el clavo en la caja de “Puerta de Vitrina” porque sentía que en cualquier momento entre mi compás y su vibración me iba a sacudir hasta el piso. Las explosiones no cesaban. Rebasé mucha que me miraba, con es la cara enrojecida y el sudor caía a chorros, los veía difuminados, distorsionados. Llegué a la esquina de la calle 10, bajé por el Colón y empecé a cruzar la Plaza de Bolívar pegado a las vallas del congreso. Al fondo, desde la parte norte de la Plaza, corrían al mismo lugar un camarógrafo y una periodista en tacones. El camarógrafo esperaba a la mujer que en su falda y con sus zapatos altos, apenas podía tomar algo de velocidad. Me señalaron, seguramente les causaba curiosidad un cura embalando Plaza de Bolivar abajo con la sotana remangada. La



periodista le hizo un ademán al camarógrafo, como “siga, siga”, con la mano como hacia adelante, “eso no importa”. Corrieron a la calle del Pasaje al igual que yo. Al llegar a la esquina de Liévano en la octava con calle 10, la humareda de las granadas de humo y las explosiones venía con toda su fuerza hacia arriba. Algunas personas sacaban en hombros a malheridos, ensangrentados. Sus ropas quemadas oliendo a carne frita. Había policía pero ante el desorden nadie me impidió la entrada. Como si esperaran a que más personas se unieran. Yo entré, el camarógrafo y la periodista dudaron y se quedaron en la esquina, abrumados viendo la asonada. El griterío era enorme, las cafeterías habían cerrado y sus puertas tenían manchas de sangre, la policía se atrincheraba en la parte sur y los del Pasaje tiraban piedras desde adentro, pero disparaban ya con muy poca frecuencia, como si las municiones escacearan. Había un carrito esotérico en fuego con las imágenes de los santos consumiéndose. Jose Gregorio, Regina 11, Pedro Fabro, todos en llamas. Veladoras prendidas derritiéndose sobre el adoquín, cruces ardientes, estrellas de David ahumadas. Un anciano indigente ensangrentado, se acurrucaba desorbitado contra el muro. Alguien dio aviso. Seguro fue Correa o el mismo Rodas. Añora ver al Papa ensañado conmigo por el ridículo. El viento parecía el peor de agosto. Soplaba mucho, mi sotana bailaba y el cielo se ennegrecía a cada segundo. Vi a Rodas pegado a la pared del convento de Los Capuchinos, me acerqué y me miró con sus ojos abiertos sosteniéndose contra la pared, como sintiéndose al borde de un abismo. Le abrí los brazos preguntándole a qué pasaba. Sacudió su cabeza en forma negativa. Vi al comandante Correa en la parte de abajo, ordenando sus hombres, casi llegando a la carrera décima. Llegaba una tanqueta de los Antidisturbios y se parqueó en esa salida a la décima, bloqueándola. Diez efectivos salieron con sus armaduras negras, viseras cerradas y escopetas de granadas. Marcharon coordinadamente bum bum bum bum bum bum. La entrada al Pasaje fue brutal. La gritería creció. Un ruido tan



condensado que la sordera se generalizaba en todo tipo de tonos, al contrario de alguien que no percibe sonidos, acá las explosiones, los gritos, los llantos, las voces inteligibles llenaban todo el espectro auditivo. Yo entré tras los Antidisturbios que tiraban granadas con una mano y con la otra blandaban la macana, reventando a quien se atravesara. Sacaron a palazos y a humo a los que quedaban atrincherados. Me acerqué y vi a Doña Wara acurrucada en la viga, amarrada. Un policía con máscara antigases trataba de cortar la cadena aplicando toda la fuerza que tenía. Sus brazos se tensionados se engrosaban, pero ningún eslabón cedió. Doña Wara lo miraba tiernamente al visor de la máscara, como confirmándole que no iba a poder romperla. Más gente salió corriendo. Otra era arrastrada de su pelo por el escuadrón. El ruido disminuyó progresivamente, el cielo más negro, una lluvia de pequeñísimas puntillas, brisando. Otros policías se unieron al del cortafríos intentando soltar a Doña Wara, pero ninguno pudo. Sacaron segueta eléctrica y los dientes de esta se volvieron romos en dos o tres chispazos. El cortafríos cedió. Brisa más fuerte, llovía más fuerte y más y más. Yo estaba quieto en la mitad del Pasaje viendo cómo era imposible soltar la cadena de Wara. ¿De qué mierda estaba hecha esa cadena? Los policías soplaban sus manos aún con los guantes puestos. Les ardían tras haber soltado el cortafríos y la segueta. Wara me miró con ternura, sentada en la viga y amarrada de pies y torso a esta, en una cadeneta imposible que parecía no tener desunión entre sus anillas. Era un indígena muy morena, con labios casi nulos, la piel corrugada como como la del caparazón de un armadillo. Una trenza larga y gruesa, su pelo negro parecía el pelaje de un chigüiro. Estaba descalzada con las plantas de los pies muy amarillas. No dejaba de mirarme a pesar de tener a diez efectivos intentando romper las cadenas frente a ella. Ellos le hablaban pero ella parecía viajar en otro plano, como en un autismo consciente. Y su boca tomaba un gesto de sonrisa. Parecía disfrutar el momento. Desde el fondo los policías entraban pasillo



por pasillo, local por local gritando “¡Despejado!”. No quedaba nadie, solo quedaba Wara amarrada pero la lluvia ya tomaba tintes de granizo y así fue. Las tejas de barro empezaron a quebrarse algunas, el granizo se tornó cada vez más denso, de pequeñas puntillas romas, a canicas pequeñas maras y de estas a maras a petroleras como hechas de agua puerca. Las bolas de granizo empezaron a golpear a las personas que estaban observando desde afuera cómo intentaban soltar a Wara. Los policías retrocedieron hacia la calle, a dos les cayeron rocas de granizo abriéndoles la cabeza. Buscando ayuda mareados, como ebrios buscando una pared para apoyarse. Más pánico entró en la gente. Se dispersaron del pasaje, agrupándose en la casona del frente. El policía que intentaba soltar a Doña Wara empezó a recibir rocas de granizo en su cuerpo, como balas de goma. Wara seguía mirándome sin detenerse. Yo me escondía bajo un techito de hierro lleno de pequeñas casitas de arcilla. El golpeteo de las rocas de granizo hizo vibrar el refugio como si fuese una lata de aluminio golpeada por muchas manos violentas. Wara se quedó sola, los policías corrieron buscando protección. Todos salieron a la calle 10 y se incrustaron en la casa vieja que queda frente a la entrada del Pasaje, comprimidos en el marco. Miré hacia arriba, al balcón de la casona y estaba el camarógrafo apuntando su lente hacia Wara. La periodista tenía un dedo metido en su oreja y sus gestos hacían como si hablara fuertemente. Transmitía en vivo posiblemente. Mis pies estaban encharcados, un riachuelo corría por la calle y se colaba entre los sifones rebosados del Pasaje. Wara me miró, bajó su cabeza, como pidiéndome que la acompañara. Me negué con la cabeza. A ella aún no le había golpeado ninguna de las pelotas de granizo. Me levantó su mano derecha y me llamó. Vi entre la borrasca que le faltaba el dedo meñique. Corrí un metro hacia ella, bajo el techito y sentí un tirón dentro de la caja de “puerta de vitrina”. Otro. Empezó a tambalearse como si la caja perdiera efecto por algo muy fuerte que atrajese al clavo. Seguro era el tesoro que estaba escondido tras la



viga de la puerta en donde Wara estaba amarrada. Saqué la caja, retrocedí y la dejé con el clavo oculto en la esquina, camuflada entre con algunos canastos. Salté para cruzar hasta la indígena rápidamente y una roca de granizo me trozó el cuello, levantando el esparadrapo y dejando mi herida expuesta, pero no sentía dolor, solo la carne que había caído. Ya frente Wara, miré hacia atrás y ahí seguía el camarógrafo apuntando entre la profusa lluvia hacia nuestra escena.

—Doña Wara, necesitamos salir. Si un granizo de estos le pega la puede matar —le dije a gritos para que me escuchara, pero no dijo nada. Seguía mirándome. Su falda Páez roja estaba emparamada. El nivel del agua le cubría casi la mitad de los muslos.

Tomé la cadena y vi que era de un color niquelado y que estaba totalmente cerrada. No había límites entre sus anillos. Intenté levantar a Wara. Era muy pequeña y flaca pero pesaba mucho, entonces caí al suelo de rodillas y levanté un chapuceo del lecho que se inundaba.

Me miró profundamente a los ojos, parpadeó, sonrió más profusamente y me dijo suavemente:

—Sáqueme con su puto clavo de aquí si es que puede, Paniagua hijueputa.

Llegó un viento caliente en la cara, como si me peinaran con dos ardientes planchas de ropa las sienes. Era la misma sensación cuando en el seminario, los muchachos descubrieron que diciéndome “Paniagua hijueputa” yo perdía todas mis amarras de consciencia y me transformaba ese ser violento e indetenible, al punto que el Papa había sugerido ejecutarme un exorcismo y que este comportamiento solo se detenía si alguien recitaba un padrenuestro. Empecé a temblar como tremolaría el clavo al sentir el tesoro, mi cabeza iba de lado a lado descontrolada, mis manos engarrotadas como esperando que de ellas crecieran unas uñas felinas para cortar algo y las gotas fusionadas de lluvia y sudor se



sacudían de la punta de mi nariz. Miré a Wara y me abalancé sobre ella. La tomé del cuello con la mano izquierda y con la derecha empecé a golpearla en la cara. La quería abrir a puños, abrir su piel morena con mis nudillos, trac trac trac, más golpes. Arriba y atrás vi el lente del camarógrafo posado sobre nosotros, filmando la golpiza, intermitente entre la tormenta y el granizo no se detenía. Algunas pelotas golpearon mi espalda pero yo no podía detenerme. Trac trac trac en la cara de Wara, maldita vieja, maldita, ayuda por favor, Wara, ayuda, necesito detenerme. La piel de Wara al principio era suave, pero empezó a tomar dureza lentamente, hasta que mis nudillos se quebraron porque adquirió la rigidez del caparazón de una tortuga. Mis manos dolían. Ella se balanceaba al vaivén de los golpes, pero no le abría ningún poro con mis puños.

—Pega como niña Paniagua hijueputa —dijo mientras yo la sacudía.

Mis manos dolían, dolían mucho, sangraban. Estaban dislocadas de golpearla, pero en mi hipnosis no podría parar.

—Wara por favor, ayuda, ayúdeme. Diga un padrenuestro, se lo ruego, ayúdeme, no puedo parar.

Oí un ruido tras de mí y vi el viejo balcón abarrotado en donde estaba el camarógrafo, la periodistas y algunos policías, cediendo. Todos se fueron al piso. Una teja del techo se desprendió y cayó sobre la cabeza de la periodista que yacía en el suelo intentando levantarse. Esta le aplastó un costado del cráneo. Los policías y el camarógrafo se incorporaron rápidamente, viendo a la periodista malherida pero temerosos de sufrir el mismo destino. Volvieron en pánico a resguardarse en la casa, dejando tirada a la periodista. Seguía golpeando a Wara con mis manos destrozadas y ella sonreía. La granizada arreció, tumbó lo que faltaba del balcón y taponó la vista desde la calle hasta donde yo golpeaba a la anciana.



Wara miró a mis ojos más profundamente y su esclerótica ocular empezó a volverse roja tras el negro iris. Tomó la cadena con sus manos, la puso alrededor de mi cuello y apretó sin ahorcar.

—Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... —entonó con solemnidad mientras me ahorcaba y mi brutalidad empezaba a ceder—. Venga a nosotros tu reino así en la tierra como en el cielo...

Dejó entre la cadena y mi cuello un espacio, podía respirar.

—Padre Mutti, el Dorado no es ni nunca será suyo. ¿Cómo cree que hemos repelido el encuentro europeo con el tesoro? —dijo con ternura y esa sibilancia propia de los ancianos.

—¿Qué es usted? —le pregunté con voz áspera a causa del poco oxígeno que tenía para pronunciarme.

Wara se acercó más a mi cara, puso su nariz carrasposa y dura contra la mía y dijo:

—Soy la resistencia de América Latina. Soy el último objeto que se puede poseer y el primer vómito de magma que dio el Villarica. Soy la violencia justificada de nuestros pueblos hermanos. La flecha envenenada que escupe en nuestros genes la Pachamama. Soy la masacre de los misioneros en el Atacama, las cabezas reducidas de los belgas en Surinam, estuve junto a usted y su mamá en el Huila comiendo nalgas españolas, cortando penes portugueses en el Amazonas para que los candirues tuvieran hogar, haciendo picada de mojojeyes y ojos alemanes a las orillas del Guapay, hundiendo barcos con embarazadas inglesas frente a Chimbote, dejándome picar del *aedes aegypti* para regar el dengue, untando mi piel a la piel de la rana dardo, abriendo a machete las laderas para las escaleras de Rocinha, incrustadome en los aceleradores de las motos que bajan de San Javier, adornando revólveres en Siloé, besando el la punta de la flecha que mató al caballo del violador de su madre en Güepi, crucé volando el Putumayo. ¿Por qué cree que estoy en el



centro de Bogotá? Soy el halo que despierta el aboleo de la crueldad de los suramericanos. Mi influencia es la última resistencia ante la llegada de los blancos. Prendí el bazuco del Cartucho, ayudé a sus madres a parir las niñas amarradas del Bronx, cerrajera de las casas de pique de San Bernardo y los túneles de Santa Bárbara en donde sazonan la carne de los ñeros que venden en la Sevillana. Mire mi mano sin meñique, la uña se la di a Roa y gracia a él pude esconderme acá por muchos más años a pesar de su falo-clavo de Cristo, la falange se la di al M en nombre de Pablo para que siguiese envenenando gringos y europeos, cagué en el Ruiz y de esa mina de oro salió el cauce del riachuelo que encaminó la lava desde el Arenas hasta Armero y Dosquebradas y en mi camino me traje esta falda, mire la fiebre por mi diarrea en Segovia, las Toyota de paisas cuidadas por los esclavos del occidente del Chocó, el INRI de la iglesia de Bojaya, los candados de los camiones de Soacha, la bobina del temporizador del avión en Chusacá, las tragamonedas de Corabastos, los dijes besados antes del acto en el Santafe, el paseo de olla nocturno de los Laches, los pitbull de Las Cruces, los zapatos en los cables de El Codito, el último vagón del último Transmilenio que va para Usme, la manilla de la venezolana embarazada que amamanta a una en cada teta sobre las escalinatas de los salesianos mientras mira a San Juan Bosco, la hebilla del hábito de los Capuchinos que no hablan ni gimen cuando follan niños justo frente a estas paredes de un metro de concreto, soy el anillo del senador poeta que paga por desvirgar las llamas, los aretes de las maizeras, soy el origen del oro Marcelo, soy oro nada más, tan denso que no brillo, como el agujero negro, soy el origen de la magia latinoamericana que otros llaman malicia, la codicia y la avaricia derretidas por un gargajo mío en una balsa que un campesino vendió barata a un cura en Pasca, y sí es mi culpa haber defecado por toda la tierra baja del Darién llenando los andes con canteras y canteras dinamitadas con mercurio. Más y mucho más. No sabía que iban a venir los europeos, creí



que estábamos solos con *Xue* y *Chía*, pero estoy purgando como puedo, emburundangando en murallas, durmiendo europeos que buscan coca, secuestrando gringos en taxis, sobredosificando, yo no directamente, yo solo pido, doy una escama de mi piel y observo, pero el oro está en la sangre de todos los latinoamericanos, que brilla y reacciona cada vez que la regamos riega y que ya a nadie le importa.

—*Rikuchillay*, la estrella que no para de centellear —le respondí.

—No, Marcelo. Soy oro, pero no, no brillo. —respondió con desilusión. Seguía con sus ojos rojos y la tempestad que no cesaba, como si todo lo que me dijo, yo no lo hubiese entendido y añadió —*teqse machup churinmanta, ñoqa hina, pin wanana, mitanmanta, sananmanta*. De entre los hijos del creador, nadie más obediente, de su época, de su especie.

—Muéstrame tu rostro, *rikuchiway uyaykiqta*, . Le pedí con los pocos alientos que me quedaban.

Se acercó más, me besó con esos labios que sabían a azufre, a chontaduro y a metal oxidado y me desdoblé. Pude verla volando libre por las selvas del cinturón guayanés.

Desperté, salí del túnel.

—*Susurwana*, garza coroninegra —dije.

Wara asintió finalmente. Soltó la cadena sobre mi cuello y cuando yo ya descansaba en el adoquín, una roca de granizo golpeó mi herida tan fuerte que abrió de un tajo el cuello, pellizcando la yugular. Wara se reclinó contra la viga, se acurrucó, cubrió su cara y empezó a sollozar como si en realidad llorara. Una creciente de agua que bajó por la calle 10, arrastró los escombros que bloqueaban la vista al Pasaje y tiró los canastos que ocultaban la caja con el clavo de Cristo. El objeto desapareció entre la corriente y la lluvia cedió de forma intempestiva. Sentí en el cuello un líquido caliente, vi tinturarse de rojo el agua sobre



la que yo reposaba. Me desangraba a una velocidad moderada. Los policías salieron lentamente de su guarida, unos intentaron levantar a la periodista que yacía con el cerebro expuesto y apenas pataleaba con una pierna y su tacón puesto. Yo estaba en el suelo, con los brazos abiertos y rotos, intentando mirar de lado a lado mientras la anemia se apoderaba de mí y me desvanecía. El camarógrafo corrió tras los policías que venían hacia esta dirección y tras ellos el comandante Correa.

—Dona Wara, ¿está bien?, déjeme ver su cara, ¿qué le hizo este cura de mierda? Esto no es de Dios —dijo persignándose el comandante y añadió—. No se preocupe, ustedes no se van a ir de acá. Esta diligencia se cancela. Por favor perdónenos. Tenemos grabada la golpiza que le dio el cura, con eso pueden apelar, todos ustedes se van a quedar acá. Perdónenos por amor a Dios.

Wara seguía acurrucada, con la cara tapada y sollozando suavemente.

—Comandante, ¿qué hacemos con el cura? —le dijo uno de los policías a Correa. Mi visión ya solo percibía sombras y no formas, aunque seguía con los ojos abiertos.

—Nada Acosta, nada. Mírele la cara y mire ese charco de sangre. El Mutti se está muriendo desangrado. Busque a Rodas para los santos óleos.

Se fueron desvaneciendo los ruidos entre gritos y murmuraciones que yo ya no entendía. Unos pasos vibrantes llegaron junto a mi cabeza y pude finalmente escuchar, como último sonido, la alterada y aguda voz de Rodas:

—No comandante, no. Usted no me manda. Usted no es el Papa. No voy a darle los santos óleos a este imbécil. Eso sería hacerle un homenaje. Paniagua hijueputa.

-Casuario